

# Cuentos del domingo

AGOSTO 28 DE 1898

## UN CASO

**U**N EL ALMA de ese pobre muchacho había una mezcla extraña de ideas y sentimientos, traídos unos desde el fondo de su naturaleza, recogidos otros en el laberinto de la vida.

Nacido para la poesía, esto es, para el amor, fue á buscar esa fuente divina en el corazón de la mujer. ¿A qué otra parte habría él ido á buscarla?

Pero resultó que su corazón fue envenenado por no sé qué tósigo mortal, que acaso se llama ingratitude, desilusión, ó desengaño. Y por el fondo de su alma blanca pasó una nube negra. Lucharon entonces en su ser, un natural impulso, el amor; y una fuerza extraña, el horror.

Cuando alguno le contaba sus amores, le decía: que felicidad! Cuando algún amigo se casaba, le tenía lástima á su amigo. Porque él miraba el matrimonio como un antro en donde la mujer pondría en juego toda su maldad. Un hombre á su disposición: hé ahí un pobre insecto en una telaraña traidora. El, antes, no había pensado nunca así.

Sin embargo, las mujeres hermosas le volvían loco. ¡Oh, cuánto hubiera dado él por arrancarse del fondo de su pecho ese maldito corazón que latía cuando una mujer hermosa lo miraba!

Pero tiene la naturaleza sus secretos, y ella es invencible.

El joven soñador se dejó impresionar demasiado por una mujer y eso lo perdió. En nó sé qué trasporte de pasión dijo una palabra que sin duda estaba allí demás, y eso, para ella, constituyó desde luego un compromiso. No hay nadie más inteligente que una mujer en las sombras tramas del alma.

Y él no tuvo valor para resistir, sino que se dejó llevar, inhábil, y fué enredándose fatalmente en una incomprendible madeja de acontecimientos.

Y una vez que se puso á examinar el fondo de este abismo, en donde se percibía á la araña monstruosa tendiendo sus redes implacables, él se asombró de su locura y tuvo miedo. Por instinto pensó en su libertad. Pero ante una idea indigna, que pasó obscureciendo su conciencia, irguióse de pronto murmurando: Yo soy un hombre honrado!

Llegó el tiempo de hablar seriamente de la boda, ese fin fatal de los amores, que él tanto te-

mía. Reunióse el consejo de familia y se fijó la fecha. Desde entonces el pobre enamorado anduvo siempre triste. Veía con horror cómo se acercaba el día funesto. ¡Oh desgraciada aventura! ¿porqué se había metido en ella?

Sus visitas á la novia eran fúnebres. Mientras ella hablaba alegremente del porvenir, de su casita con jardín, de hacer esto ó lo otro, de vivir contentos, él callaba escuchándola, como si se tratase de un grande infortunio.

Un día le preguntó:

—Tú crees en la felicidad?

Y ella se admiró de tal pregunta.

La noche víspera de la boda estuvo él releendo muchos de esos papeles amarillentos que los solteros guardan como trofeos de amor. Luégo formó con ellos una hoguera. Puso en un sobre un retrato, después de darle un beso, y lo entregó á un amigo.

Al día siguiente, la novia estaba lista; los convidados reunidos; y él no parecía! Unos compañeros suyos fueron á buscarlo; la puerta de su cuarto estaba medio entornada; llamaron, nadie respondió; se entraron entonces. Y allí estaba él, vestido ya... sobre su cama de estudiante... ¡horriblemente desfigurado y espantoso!

Había preferido morir....

ISAÍAS GAMBOA.

## UN HOMBRE DE ORDEN.

Don Aristóteles es un hombre ya cincuentón, ni alto ni bajo; ni flaco ni gordo: un poco tonto y un poco testarudo, pero bisco de un ojo y con un andar de marinero en tierra, esto es, con un grave balanceo de derecha á izquierda, lo que unido á su paso corto, igual y lento, su levita, su sombrero de media copa, su bastón negro cojido á mediá asta, su barba entrecana en forma de cerquillo y su bigote siempre afeitado, le dan, efectiva y mente, un aspecto de genio ignorado, de hombre capaz de salvar la más complicada situación con una palabra de sus labios con comisuras de esfinge; pero, es como dice don Aristóteles cuando se entrega al juego de la malilla, que es su pasión dominante: yo soy un hombre de orden y no pronunciaré esa palabra, ni otra alguna, porque si la pronuncio!... Y don Aristóteles no pasaba de esos suspensivos terminando su pensamiento con un gesto que él pretende hacer feroz, pero al que, su ojillo bisco, le dá una nota cómica tan marcada, que es menester ser una de las buenas viejas que con él hacen la partida, para no soltar la carcajada.

A la tertulia de don Aristóteles concurren casi todas las noches algunas notables familias de la ciudad, dicho lo cual, el lector podrá libre-

mente suponer que nuestro buen señor es, á su vez, jefe de tribu ó de numerosa familia, en la cual el elemento femenino domina por cantidad y calidad. Uno de los más asíduos concurrentes es don Juan Manuel, hombre de orden, si los hay (mejorando lo presente) y que ha sido cuanto hay que ser en este país, inclusive sacerdote, porque á no haber sido que conoció á su tercera esposa momentos antes de ordenarse, hoy sería, sin duda, Obispo de la Diócesis y puede que también accionista del Banco.

Don Juan Manuel conservaba aún su pelo escaso pero negro y era darle un verdadero disgusto preguntarle por su edad. Sin embargo se gloria de haber sido ayudante de periodista en tiempo de "El Noticiero Universal de Costa Rica."

Con lo cual el contertulio de don Aristóteles se daba unos humos que ponían á este fuera de quicio.

—Pues yo, decía entonces, con cierta vehemencia, soy aun joven y no conocí "El Noticiero" pero, todavía muchacho, me mandó el Gobierno Provisorio cuando lo de don Juanito Mora á contar una noche las candelas que habían encendidas en los faroles públicos; y en tiempo de "El Travieso" yo escribí en ese periódico contra el Doctor Castro.... y lo botamos!

Don Juan Manuel, ante tan incontestable superioridad, se quedaba suspensivo y si en su fuero interno no concedía la palma al "Travieso" contra "El Noticiero," su calidad de hombre de orden y de amigo agradecido le impedía contradecir á don Aristóteles. Contentábase con suspirar hondamente y murmurar bajito:

—Qué tiempos, amigo, y qué prensa aquella.

Don Aristóteles se aproximaba entonces á su viejo amigo y después de mirar mucho en derredor, decíale casi en secreto:

—Ud. es hombre de orden desde el tiempo de "El Noticiero" y yo lo soy desde el del "Travieso" y puedo hablarle con confianza.... Dígame Ud. don Juan Manuel, y dígame con toda franqueza... ¿qué harían estos gobiernillos de hoy si Ud. y yo... no fuésemos hombres de orden?

—¡Ud!... yo no!... Ud... Ud. si que... ¿quién sabe lo que haría!!

—Pues sí, amigo, mejor es así.... El Gobierno nos tiene miedo, la oposición nunca cuenta con nosotros porque sabe que somos hombres de orden. Yo no escribo más que los recibos para cobrar el alquiler de unas casitas que tengo, porque los uñeros me molestan mucho y sin duda por eso, cojo la pluma y jamás he podido alinear doce palabras sin marearme. Bien me acuerdo lo que me decía D. Tadeo Gómez que fue mi maestro: "Ne se mate, Aristóteles, Ud. no necesita aprender nada, ni puede; y como tengo el presentimiento que Ud. ha de ser una gran cosa, un hombre de orden, es decir, una figura decorativa y nula, ¿para qué fatigarse?"

—¿Decorativa y nula....?

—Si... el pobre maestro de aquellos tiempos no conocía bien el significado de las palabras; pero vea cómo acertó....!

—Ya lo creo!

—Pues como le iba diciendo... Yo no escribo, ni leo... ni... porque...

—Porque no le enseñó don Tadeo?

—No es eso, amigo. Es que es-

tos tiempos no son como los de antes. Ahora hay muchachos malcriados que hasta fuman delante de nosotros, blasonan de independentes, le hacen oposición al Gobierno y se nos subirían á las barbas si no nos impusieramos.

—Es claro! Yo leo el Diario oficial en la Biblioteca y entro á una barbería y leo El Herald y La República. Si veo La Prensa Libre la dejo á un lado, pero si está por ahí "La Nueva Prensa" me salgo al momento. Sería una cosa atroz que el Gobierno supiera que hombres como nosotros leen esos papeles....

—Y peor sería pagar un peso al mes por ellos. Gratis... si los leería porque yo no temo; pero pagar! eso sería contrario á lo que prescribe el reglamento de un hombre de orden.

—Reglamentos....?

—Es claro, don Juan; Ud., hombre de orden, no los conoce?

—No.... ¿qué dicen?

—Primero: no dar jamás un centavo.... á ningún bando político, sin tener seguridad absoluta de triunfar y sacar beneficio ó dar á todos reservadamente: ser del partido de arriba y contentar con buenas palabras á los de abajo: no pagar jamás suscripción á periódicos ni leer los de oposición sino á escondidas, buscando hacerlo de modo que no comprometa, y como, generalmente, á todos nos enseñó don Tadeo, es menester estar siempre muy serio, con cara de ogro, para evitar toda ocasión de que eso se conozca. Ponerse de cuando en cuando á la puerta con un número de "El Times" para que el que pase nos crea ocupados en resolver las dudas del difunto Gladstone: si no tenemos El Times, adoptar un aire preocupado, no contestar saludos y de cuando en cuando, como hablando con uno mismo decir: "Finanzas" "Talón de oro".... "Centro América se reconstruye".... "Rafael me ha llamado cuatro veces".... "El Ministerio no lo quiero"....

Y con eso y con usar siempre levita, andar despacio, fijarnos en la cara de quien nos saluda sin despegar los labios y como analizando su semblante y jamás responder á ninguna pregunta si no es tosiendo, guñando un ojo ó preguntando uno á su vez una tontera, cualquiera logra ser hombre de orden y de prestigio y los destinitos serios le vienen á uno porque.... ¿á quién habían de dárselos?

—Mucho se aprende oyéndole, D. Aristóteles; pero esos que... saben, eso que llaman gente ilustrada.... tienen reglamento?

—Esos no los tome Ud. en cuenta nunca, don Juan. Esos no nos perjudican porque si no es nuestro reglamento tienen otro; pero nosotros no necesitamos más que nuestra propia aprobación. Ellos se reirán y se burlarán de nosotros porque al fin no fue don Tadeo su sólo maestro; pero en cambio de esos buenos ratos, nos dejan la acción expedita y nos abandonan el vocablo para cohonestar sus nulidades y su servilismo y su demoralización y su avaricia; pero en cambio el género abunda todos los días más, y todos los días vemos confirmada la bondad y seguro éxito del reglamento de don Aristóteles.

En efecto, querer más sería gollería. Y estos tipos que así mismos se llaman hombres de orden, han inventado el vocablo para cohonestar sus nulidades y su servilismo y su demoralización y su avaricia; pero en cambio el género abunda todos los días más, y todos los días vemos confirmada la bondad y seguro éxito del reglamento de don Aristóteles.

¡No hay como ser una nulidad de orden y parecer hombre grave!!!

G. ORUMAT.

## IDEARISMO

¡Ven musa, extiende tus purpúreas alas  
Sobre mi frente soñadora, inquieta:  
Ven revestida de pomposas galas,  
Lleva mi inspiración hasta su meta.

Ven que mi mente juvenil, fogosa  
Ha preparado para tí un altar.  
Por que aquí está la virgen pudorosa  
A quien ferviente la juré yo amar.

Quiero cantar con humildad ahora:  
Quiero que oiga una nota de mi amor;  
Y un gemido de mi arpa cuando llora,  
Esa Diosa... mujer... ángel ó flor.

En horas dulces en que el alma goza  
La vi sin duda por primera vez:  
Esa de Oriente maga misteriosa  
De ojos azules, sonrosada tez.

Era de razo carmesí su falda  
Yo vi en descuido sus cabellos caer  
Sobre su esbelta, perfilada espalda:  
De rizos de oro pareciome ser

Entre los pliegues vi de su vestido  
Salir con miedo diminuto pié:  
Vi su tobillo de marfil brufido  
Y sin sentido estático quedé.

Es su conjunto concepción del poeta,  
Realización de la belleza ideal,  
Por que no existen lienzos ni paleta  
Para pintar su faz angelical

De esta ribera perfumado lirio  
Ella es, amigo, mi esperanza y fe:  
Mi dulce encanto, mi inmortal delirio,  
Ella es mi ideal que en sueño imaginé.

Tan sólo su recuerdo me conmueve  
Y hace latir convulso el corazón.  
No se lo que hay... más siento que se mueve  
En el alma febril mi inspiración.

¡No se que tengo, el labio se emudece!  
Siento que estalla en mi alma la pasión;  
Y que en el pecho el fuego crece y crece,  
Como átomo gaseoso en la extensión.

¡Estoy loco, loco... oh sueño... oh delirio!  
Yo no sé que será esta confusión:  
Mi mente es una, una en donde miro,  
De ideas, fatal condensación.

Me desespero, mi alma se anonada  
Y se hunde en el abismo del no ser:  
Ya languidece mi febril mirada  
Y al Eter sube á descansar mi ser.

Mas aunque sea mi fatal destino  
Vivir sufriendo sin poderla ver,  
Ella ha de ser un faro en mi camino,  
Siempre su imagen llevaré doquier.

¡Dios bendito! la quiero tanto, tanto;  
Que aunque se oponga fuerte el bado cruel  
Iré con ella hasta el empireo santo,  
O me hallará del cielo en el dintel.

Iré, no hay duda, por etéreos fluidos  
Y allá en los cielos á ella esperaré,  
Para quedar ante el Eterno unidos  
Con una sola religión y fe.

C. BARRIOS.

## CORRESPONSALES

### De Alajuela.

Señor Redactor de "La Nueva Prensa."

San José.

Muy señor mío:

Todos los periódicos de la capital tienen sus corresponsales en esta y publican, además, correspondencias de otros que, no siendolo, se creen también obligados á contribuir, bien ó mal, al fomento del bien público. Esto, me parece, hará que usted acepte también mis trabajos, si los juzga aceptables y en tal concepto le envío estas líneas.

Allá van, pues, las observaciones de este pobrecito parlan-chín, tales como en mi cacumen he podido modelarlas.

La Biblioteca Pública, centro de cultura, tiene por hoy buena suma de visitantes, entre ellos no poca parte de los artesanos. Pero está plagada de lástimas. Lástima y grande es que el encargado de abastecerla no le proporcione todos los periódicos que